CATILINA.

DRAMA HISTORICO EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

SU AUTOR

DON JOSÉ MARIA DIAZ.



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1856.

PERSONAJES.

SEMPRONIA.
FULVIA.
CATILINA.
CICERON.
PORCIO LECCA.
CETHEGO.
CATON.
LENTULO SURA.
MARCIO.
CALPURNIO
LAMPRIDIO.
CURIO.
ANTONIO. (No habla.)
CASIO. (Id.)
PLEBEYO 1.º
PLEBEYO 2.º
TREBACIO, mercader.

Patricios, Senadores, Soldados, Veteranos de Sila, Pueblo, Mercaderes, Esclavos, Esclavas, Lictores Gladiadores.

ACTO PRIMERO.

Galería en el palacio de Catilina: jardines en el fondo; la estátua de Mario.

ESCENA PRIMERA.

MARCIO, CETHEGO, LENTULO SURA, PUEBLO, *en los jardines al rededor de la estátua, coronándola de flores.*

LOS ANCIANOS.

Contigo en las guerras alzamos un solio
robusto, esplendente, de Roma al poder;
por tí se mantubo de pié el Capitolio,
por tí respetada vió el pueblo su léy.

LOS JÓVENES.

Tu sombra nos lleve, tu sombra nos diga
del resto del mundo la senda cual es;
y desde el olimpo tu acento bendiga
á un pueblo que pronto será pueblo-rey.

TODOS.

Tus hechos, ó Mario, que al mundo asombraron
rindiendo á Yugurtha y al Cimbrio despues,

eternas coronas al fin conquistaron,
que cubren tu frente de verde laurel.

MARCIO. ¡Gloria de Mario al victorioso nombre!
Del Africa feroz bajo el torrente
de luz, un dia estableció de Roma,
con noble afan, la voluntad suprema,
y á sus plantas cayó, terror de Italia,
del rey Yugurtha la real diadema.
Por él, la gran ciudad del capitolio
no fué entre escombros la mejor conquista
del címbrico valor. ¡Plebeyo ilustre,
él mejoró la condicion del pueblo,
su autoridad resucitó y su gloria!
Asi, Romanos; de laurel, de flores
su estátua coronad; ante ese mármol,
quien siente el patrio amor, la frente inclina,
y ofrece apoyo y su homenage presta
al corazon audaz de Catilina.
(El pueblo se retira por el fondo cantando la última estrofa.)

ESCENA II.

MARCIO, LENTULO SURA, CETHEGO.

MARCIO. ¡Mario! ¿Ois? Por donde quiera
que esé nombre se pronuncia,
del pueblo romano alienta
las esperanzas confusas.
Ya el viento á lo lejos ruge;
preñadas nubes se agrupan
sobre Roma.
CETHEGO. Ciceron
nos sujeta á la coyunda
de su capricho en sus leyes;
Pompeyo su hueste junta
previsor; los senadores
con su flaqueza la absurda
dominacion de los dos
en nuestra patria aseguran....

LENT. Y el pueblo lo vé y se calla.
CETHEGO. Pero ese pueblo que apura,
callando, de su ignominia
la copa, tal vez aguza
en su silencio el puñal
con que ha de herir en su furia.
MARCIO. No mas dilacion. ¡Arriba!
Sobre tu recia armadura
sus rayos el sol refleje;
y el pueblo á quien hoy repugnan
el ámbar que se desprende
de tus vestidos de púrpura,
y el aceite que los rizos
de tus cabellos perfuma,
mañana con grande aplauso
sabrá, que Léntulo Sura
contra el consul que le oprime
será el primero en la lucha.
CETHEGO. ¿Tu ser ha degenerado
de aquella raza fecunda
de los Cornelios, tan grande
por su valor, tan augusta?
LENT. Cethego, Marcio... Ya es tiempo
de hablar; en mi oido zumba
el huracan de las guerras
civiles, sin que me aturda.
Recuerdo la edad de Mario;
recuerdo al fin que mi cuna
mecieron sus proscripciones,
como hoy la de otros arrulla
del poder senatorial
la tempestad infecunda.
MARCIO. ¡Plebeyo insigne fué Mario,
el vencedor de Yugurtha!
CETHEGO. El pueblo romano entonces
con libertad absoluta
sus leyes establecia,
y no aguantaba en su justa
dignidad, que lo trataran
de plebe indigna y de chusma.
LENT. Cethego, soldado ilustre,
yo sé que el pueblo murmura,

pero sé tambien que Sila,
azote de la república,
dejó recuerdos de sangre
al pueblo en su dictatura.
¡Y la familia Cornelia
es la mia y fué la suya!

CETHEGO. ¿Qué importa? Sila mas tarde
aflojó las ligaduras
que nos ataban; el pueblo
corrió en tropel á su tumba,
y el llanto que derramó
sobre ella lavó sus culpas.
¿Ademas, Cornelio Léntulo,
tú has olvidado sin duda
de que es vengarse un deber?
¿Qué del senado la astucia
logró mancillar tu nombre
lanzándote de la altura
consular?

MARCIO. ¿Has olvidado,
viajero romano en Cumas,
las proféticas palabras
de las sibilas?...

LENT. (*Afectando enojo.*) Me injuria
quién de mí tan mal sospeche,
tan torpe ambicion presuma.

MARCIO. Léntulo, si al fin los dioses
al capitolio te encumbran,
no por ello á la alta gloria,
al privilegio renuncias
de romper nuestras cadenas...

CETHEGO. Tú puedes, Léntulo Sura,
ceñir, hasta la corona
que orló la frente de Numa,
y el pueblo á la sombra puede
de tu justicia iracunda...

MARCIO. ¡De tres Cornelios en Roma
el mando supremo auguran!
Cina y Sila, uno tras otro...

CETHEGO. Y tú el tercero; no eludas
con tan extraña modéstia
ocasion tan oportuna.

LENT. Lucio Sergio Catilina
no es hombre, Marcio, que sufra
de otro hombre la autoridad,
que agenos mandatos cumpla.
Su loca ambicion ..

CETHEGO. La causa
de Catilina es la tuya.
De inteligencia brillante,
de ánimo fuerte y de astuta
condicion, tanto en la guerra
como hablando en la tribuna,
Lucio Sergio Catilina
el torpe fin dificulta
á que caminan los cónsules,
sus planes inícuos frustra.
Cuerpo enfermizo que guarda
la libertad moribunda
del pueblo, su corazon
es un misterio; quien juzga
que le ha penetrado, miente
ó á sabiendas le calumnia.
Si alguna vez se le encuentra
entre esos nobles que abultan
con la riqueza del traje
la antigüedad de la alcurnia,
en su mirada severa,
de su frente en las arrugas
el pueblo romano ve
que el oro no le deslumbra:
y cuando de su palacio
desciende á la plaza pública
sin libertos que le escolten,
Catilina no se cura
de si el pobre que le abraza
con sus andrajos le ensucia,
y á la mano que le tienden
él tambien tiende la suya.
Crece, Léntulo, á su sombra,
y el porvenir asegura.

LENT. Su audacia me da terror,
y su prudencia me asusta.

CETHEGO. Quién, como él, de siete siglos

el gran monumento estudia,
y quiere hasta las raices
arrancar en que se funda;
quién ambiciona, como él,
que holgadamente se nutra
el pueblo, y en este golfo
de nuestras revueltas suba,
de cieno humilde que es hoy,
á ser mañana la espuma;
quién, como él, del mundo abarca
en las edades futuras
el porvenir proceloso,
es una estrella que cruza
rápidamente el espacio,
y muere, no bien fulgura.
Crece, Léntulo, á su sombra;
de su eleccion en las urnas
arroja tus votos hoy,
que si el pueblo se acostumbra
á aplaudirte, al mismo tiempo
que á Lucio Sergio saluda...
mañana, muy pronto, cuando
á su dolencia sucumba,
el pueblo te entregará,
sin resistencia ninguna,
de Lucio Cornelio Sila
la terrible investidura.

PUEBLO. (*Dentro.*) ¡Catilina! ¡Catilina!
(*Aplausos y víctores dentro.*)

CETHEGO. Los gritos del pueblo anuncian
que ya vuelve á su palacio.

LENT. Cethego, Marcio... Ya es una
nuestra suerte. ¡Que los dioses
nos den acierto y ventura!

ESCENA III.

CETHEGO, MARCIO, LENTULO SURA, CURIO, CATILINA. *Aparece por el fondo rodeado de pueblo que le victorea.*

CATIL. ¡Salud, romanos; llegará ese dia!

(Subido en el pedestal de la estátua.)
Mario en el mármol á despecho vive
de la cobarde ingratitud romana,
y el puro don de vuestra fé recibe.
¡Salud á cuantos de laurel, de flores
su estátua en mis jardines coronaron!
Su sombra vela sin cesar por ellos...
¡augusta sombra que á torrentes lanza
de protectora luz claros destellos!
(El pueblo aplaude: Catilina estrecha con cariño la mano de los mas andrajosos.)

ESCENA IV.

CATILINA, LENTULO SURA, MARCIO, CURIO, CETHEGO.

CATIL. ¡Léntulo, Marcio!...
CETHEGO. A la abatida Roma,
¿qué anuncia, Sergio, tu mirada incierta?
CATIL. Siglos de esclavitud, siglos de oprobio,
si de su largo sueño no dispierta
el romano valor.
CETHEGO. ¿Nos abandona
de Julio César la amistad? Sus votos...
CATIL. No serán para mí; vacila y duda
el astuto pretor.
CETHEGO. ¿César nos vende?
CATIL. Tal vez con fuego se escribió en el libro
de su memoria la opinion de Sila,
y con reserva, dictador futuro,
medios de triunfo sin descanso apila.
MARCIO. No, tu sospecha sin razon le injuria:
César la vida entre deleites vive...
su índole mansa...
CATIL. Me recuerda siempre
la bonanza del mar; sereno deja
que surque el barco sus tranquilas olas,
y de repente con espanto ruge,
y el mísero bajel hecho pedazos
desaparece en sus abismos hondos.
¡Oh! Yo he leido en su rizada frente
su escondida ambicion; el pensamiento

que ya acaricia en sus ensueños de oro.
De la diosa de Chipre descendiente
y de Anco-Marcio, rey, nieto de Numa,
César, de Roma el porvenir leyendo,
sus fuerzas mide, sus parciales sumá,
y sueña para sí, del capitolio
restablecer en la sagrada cumbre,
de nuestros reyes el antiguo solio.

CURIO. ¡Ay del pretor como se atreva á tanto!

CATIL. De allí al senado me llevó el despecho;
al verme Ciceron suelta la lengua;
y yo al oir que el cónsul me apostrofa,
doy respuesta á sus iras elocuentes
con risa amarga y con sangrienta mofa.
Irrita al cónsul mi ademan; sus gritos
en las doradas bóvedas retumban;
una por una sus injurias cuento;
uno tras otro sus clamores zumban;
hierve el senado en infernal tumulto;
bajo mis piés el pavimento cruje;
cree en mi peligro el pueblo, y conducido
por Clodio llega y con fiereza ruge...
«Libertad, libertad» iban mis labios
trémulos á gritar, cuando de pronto,
serpiente astuta, en el incendio arroja
César su autoridad. «¡Romanos, ea,
»grita el pretor; de mirtos y laureles
»la frente coronad de Catilina;
»llevadle allá, donde á placer os vea!»
Y el pueblo aplaude y sobre mí se lanza
y me alza en hombros y perdemos juntos
él su dominacion, yo mi venganza.

LENT. Si César abandona á Catilina,
Léntulo Sura no.

CATIL. Del pueblo en nombre,
á Léntulo salud.

LENT. Los de mi tribu
proclamarán á Catilina cónsul
en el campo de Marte.

CATIL. ¿Y si se pierde,
Cornelio, la eleccion?

LENT. Mejor des

alcanzaremos: nuestro arrojo al cabo
del consulado te abrirá el camino.

CATIL. ¡Nudo solemne! (*Dándose las manos.*)

LENT. ¡Fraternal alianza!
A los comicios, Catilina; unamos
nuestras fuerzas allí.

CATIL. Salud, Cornelio.

LENT. Cethego, Marcio... á los comicios...

CETHEGO. Vamos.

ESCENA V.

CATILINA, CURIO.

CATIL. ¿Qué debo, Curio, pensar
de tu silencio?

CURIO. Que Publio
se niega á darte el dinero
que necesitas.

CATIL. ¿Y supo
que era yo?...

CURIO. Le dí tu nombre.

CATIL. ¿Y despues de oirlo tuvo
la audacia?...

CURIO. Los usureros
se atreven á todo.

CATIL. Impulsos
me dan de encontrarle hoy mismo...

CURIO. Aunque le ahoguen tus puños,
ni un sestercio soltará.
Me dió por razon lo mucho
que se habla en Roma de tí
y del vergonzoso yugo,
que de Sempronia el amor
te ha impuesto.

CATIL. Sempronia, Curio,
esa africana que adoro
con delirio y es el cúmulo
de la humana perfeccion,
no ha de estorbarme, lo juro,
en el expuesto camino
que me he trazado. Si pudo

con su danza y sus cantares,
si á fuerza de amor obtuvo
de mi labio una sonrisa,
amarga siempre, y del rudo,
corazon un gran gemido,
inexplicable, confuso,
yo haré que mi voluntad
de hierro corte este nudo.
Su vida!.. Pedazos hecha
Sempronia será, si juzgo
que es un estorbo.

CURIO. Añadió...

CATIL. Prosigue.

CURIO. Que era un absurdo
prestar á quien nada tiene,
á quien derrochó el peculio
inmenso que le dejaron
sus padres. Yo dificulto
que ceda el tal usurero,
Catilina, en este punto,

CATIL. ¡Paciencia! (*Pensativo.*)

CURIO. Resolucion.
El pueblo hambriento y desnudo
ha menester que le abriguen,
que le alimenten.

CATIL. Es justo.
¡El hambre... la desnudez!
Réstanme solo estos muros,
á cuya sombra de noche
acaricio taciturno
de nuestra arrojada empresa
el pensamiento fecundo.
Vende, Curio, este palacio...
De su venta con el fruto...
No tengo mas en la tierra.
¿Qué importa? Yo no me ofusco.
Vencedor, al capitolio;
vencido, que arrastre lutos
Italia, y á mis cenizas
labre su amor un sepulcro.

ESCENA VI.

CATILINA.

¡El consulado! ¡Yo cónsul!
¡La silla de Marco Tullio
Ciceron! ¡Las elecciones!....
Segun de Roma los usos,
fuerza es cegar ese abismo
con plata y oro... Ninguno
me ha dicho... «Estas son mis arcas;
»ábrelas; yo me apresuro
»á unir mi nombre á tu nombre...»
¡Los ricos! Son todos unos.
¡Yo lo he sido!... ¡Pobre soy!
¡No tengo mas que discursos
para luchar!... Y con ellos
¿qué se consigue?... Renuncio...
¿Yo renunciar?... ¡Ay de Roma!
Silencio... Se acerca alguno.

ESCENA VII.

CATILINA, SEMPRONIA, *Esclavos y Esclavas, que la acompañan y se quedan en el fondo.*

CATIL. ¡Sempronia!
SEMP. Yo soy. Resuelta
á correr con pié seguro
la senda que me trazaron
mis amorosos disturbios,
acabo de abandonar
mi palacio y vengo al tuyo,
á saber lo que tu pecho
le tiene á Sempronia oculto.
CATIL. ¿Secretos, Sempronia, yo?
SEMP. No intentes con disimulos
que no me explico, ocultarme
lo que es en Roma tan público.
Los ojos de una mujer,
si esta mujer al profundo

sentimiento del amor
dió su alma entera, en lo oscuro
penetran del corazon
del hombre amado...

CATIL. Lo dudo.

SEMP. Yo he visto de tu mirada,
oh Sergio, el incierto rumbo;
he sorprendido una vez
el imprudente murmullo
de tus labios; te he seguido
de noche en tus viajes últimos...
Lucio Sergio Catilina
lucha sin tregua iracundo
contra una mano de hierro
que le esclaviza á su yugo;
la miseria. Acostumbrado
á los festines y al lujo
ecuestre en esos combates
de gladiadores forzudos;
rey en su edad de mancebo,
que proclamaba en tumulto
la romana juventud,
porque era en fiestas profuso
y su opulencia rayaba
mas alto que hoy la de Lúculo,
Lucio Sergio Catilina
se rebela furibundo
en contra de esa pobreza
que mortifica su orgullo.

CATIL. Sempronia, no es eso todo.

SEMP. Catilina en los apuros
de su tesoro ha soñado,
un sueño quizás estúpido,
y á realizarle se apresta,
si el pueblo romano, junto
en un solo pensamiento,
del consulado futuro
la investidura le da.

CATIL. Es verdad; se la disputo
á Murena el senador.

SEMP. Óyeme, Sergio.

CATIL. Te escucho,

Sempronia.

SEMP. Nacida en África,
el sol de su cielo puro
fué el primer sol de una vida
que iba creciendo al arrullo
maternal en sus desiertos
arenales infecundos;
pero, huérfana de pronto,
hollé con mis piés desnudos
su arena candente, y sola
y hambrienta, tras de los muros
me albergué de la ciudad
que Mario á escombros redujo.
Allí establecí mis dioses,
y allí brotaron los humos
de mi ambicion; á mis plantas
un rey sus riquezas puso,
con su trono, y me hice dueña
de sus tesoros augustos:
y el pueblo cartaginés
me vió, de terror convulso,
con la corona en mi frente
tender el látigo rudo
sobre él: soberana yo
de su monarca, no tuvo
otra ley que mi capricho,
mas voluntad que mi gusto.

CATIL. Allí te vieron mis ojos,
y allí el corazon al punto...

SEMP. La esposa culpable, Sergio,
de un rey enfermo y caduco
dejó la ciudad aquella,
echó en olvido los turbios
remolinos del desierto,
y á Roma vino, el perjurio
á olvidar entre tus brazos,
sobre ese pecho, que acuso
de ingrato... de ingrato, sí;
la mentira es un estudio
que de África no se aprende
en los desiertos incultos.

CATIL. Solo he dado un juramento,

y fué á tus piés, moribundo.

SEMP. ¿Recuerdas en dónde, Sergio?

CATIL. ¡Sempronia! (*Confuso.*)

SEMP. Junto al sepulcro
de tu hijo. ¿A qué tu frente
se nubla? ¿Por qué ceñudo?...
Si no es verdad lo que en Roma
se cuenta del crímen tuyo...

CATIL. Te juro...

SEMP. ¡Por sus cenizas!
(*Momentos de silencio.*)
Óyeme, Sergio.

CATIL. Te escucho,
Sempronia.

SEMP. Aurelia Orestilla,
en Roma portento sumo
de hermosura, vió á sus pies
á Catilina y obtuvo
de su amor... ¿No lo recuerdas?
Desde ese dia en que lúbricos
sus labios tu ensangrentada
mano besaron, tu mustio
semblante, la crispacion,
Catilina, de tus músculos,
el hondo remordimiento
que te acosa con augurios
aterradores...

CATIL. (*Con voz de trueno.*) ¡Sempronia!

SEMP. ¿A qué gritar? No me aturdo:
¡no vengo á pedirte yo
la sangre de tu hijo único!
Catilina... ¡que su sombra
tu sombra sea en el mundo,
si intentas que tu ambicion
emprenda contrario rumbo
á mis designios! Yo vengo
á darte, si admites, Lucio,
el pacto que te proponga,
sobrados medios de triunfo.

CATIL. ¿Y cuáles son?

SEMP. Mi palacio
no es de esos en que sesudos

los retóricos disertan
sobre Varron y Salustio,
ó entonan sus alabanzas
al malicioso Catulo.
Sus gracias en él ostentan
hasta que asoma el crepúsculo
del alba, cuantas hermosas
exigen, á mas del culto
que rinde amor, los tesoros
de Roma, como tributo;
allí su rostro presenta
sin vergonzosos escrúpulos
el dios de las bacanales,
y agrúpase en torno suyo
lo mas ilustre de Roma...
Torcuato, Statilio, Rullo,
y otros ciento, Catilina,
que han de ceder á mi influjo.

CATIL. No es bastante.

SEMP. Catilina,
coloca el manto purpúreo
de las romanas matronas
sobre mi espalda, y te juro
que de mis cofres el oro
vendrá á dar de sus tribunos
mas elocuencia á la voz...
desparrámalo á tu gusto,
como convenga á tus planes,
en el romano concurso.

CATIL. Serás mi mujer.

SEMP. No olvides
que esclava soy; que el oscuro
color de mi rostro es mengua...
que habrás menester de mucho
arrojo para decir...
«esta es mi mujer» al mundo.

CATIL. Serás mi mujer, Sempronia.

SEMP. Piénsalo; vete con pulso;
consulta á tu corazon.

CATIL. Sempronia, si le consulto,
¿hay trono que digno sea
de tu belleza? No hay uno.

SEMP. Lucio Sergio Catilina,
no olvides mi orígen púnico;
sé amar, porque sé vengarme.
CATIL. Véngate, si soy perjuro.
SEMP. Por tí, Catilina, todo.
Pero ¡ay de tí, si renuncio
por mi venganza á mi amor!
¡Ay de tí, si disoluto
como á una mercaderia
me vendes!
CATIL. Sempronia, juntos,
si al capitolio no vamos,
bajaremos al sepulcro.
SEMP. ¿Al de tu hijo? ¡Su sombra
tu sombra sea en el mundo,
si llegas en tu ambicion
á desatar este nudo
que yo consagro al averno!
CATIL. ¡Que yo bendigo!
SEMP. Calpurnio
me espera; adios.
CATIL. ¡A la esposa
de Catilina saludo!

ESCENA VIII.

CATILINA.

¡Esposa culpable en Africa!...
¿Y qué soy en Roma yo?
No lo sé; por donde quiera
que va en la ciudad mi planta...
encuentro á un pobre y me aplaude;
encuentro á un rico y se espanta.
Si en la silla de los cónsules
me siento, ¿quién sino ella
será la causa?.. A mi lado
la saludarán, estrella
deslumbradora en la cumbre
de mi inmensa autoridad...
Ninguno con torpe lengua...
Yo la amo... ¿Será verdad?

¡Es una reina!—Una esclava.
¡Imposible! ¡Es un tesoro
de encantos!... Que grite Roma...
Seré cónsul... Yo la adoro.

ESCENA IX.

CATILINA, PORCIO LECCA.

PORCIO. A Catilina, salud
CATIL. Bien venido, Porcio Lecca.
PORCIO. Mi liberto, hará un momento,
me ha dicho al entrar en casa...
CATIL. Porcio Lecca, toma asiento,
que honras asi mi palacio:
quiero hablarte de un asunto
que se ha de tratar despacio.
PORCIO. Te escucho, pues. (*Se sienta.*)
CATIL. (*Sentado.*) ¿Qué es de Roma?
PORCIO. Si nuestra conversacion, (*Levantándose.*)
oh Sergio, ese giro toma,
la daré por terminada:
de Roma la situacion
me importa muy poco, ó nada.
CATIL. ¡Aspiro á echar el cimiento (*Levantándose.*)
de su grandeza futura!
PORCIO. La diosa Minerva dé
su escudo á tu pensamiento.
CATIL. La toga cándida cuelga
de mis hombros.
PORCIO. Asi es;
mas temo que entre sus pliegues
se te han de enredar los pies.
CATIL. Quiero ser cónsul, y quiero
que tú, buen Porcio, me des
tus votos.
PORCIO. Mis votos son...
CATIL. Los que me dan, ó me quitan,
Porcio Lecca, la eleccion.
PORCIO. Lo sé.
CATIL. ¿Qué pides en pago?
PORCIO. Escúchame, Lucio Sergio

Catilina. Yo no soy
en mi ambicion desmedido;
pero exijo que me den
al mismo tiempo que doy.

CATIL. ¿Aspiras al sacerdocio?

PORCIO. ¿Para qué? No es de mi gusto;
no soy Catilina yo:
el templo de las vestales
me da por la noche susto.

CATIL. ¿De España el gobierno quieres?

PORCIO. No estoy, Catilina, loco.

CATIL. ¿Un mando en Asia prefieres?
¿El de los mares?

PORCIO. Tampoco.

CATIL. ¿De la gloria no te agrada
el rico laurel?

PORCIO. Me asustan
las conquistas de la espada.
El buen capitan que vence
tras larga lucha en la guerra,
es un manantial de sangre
que va regando la tierra:
por una voz que le aplauda,
hay muchas que le desdoran;
por una madre que ria,
hay muchas madres que lloran...
Mas no imagines por esto
que en mas las letras estimo.
¡Las letras! Nunca he formado
empeño en averiguar
si tengo buena memoria,
ó mala para estudiar.
Mi vida es otra; mis gustos
son otros, muy delicados,
con vino y amor á un tiempo
hábilmente sazonados.

CATIL. Habla, pues.

PORCIO. Dos años hace
que vino á Roma, galana
como el sol, una mujer
de nacimiento africana.
Desde el dia en que la vi,

la amé; pretendí su amor
y tesoros la ofrecí
en vano.

CATIL. ¿Cómo se llama?

PORCIO. Sempronia, y adora en tí.
Yo sé que tu voluntad
es la suya; tu eleccion
está en mi mano...

CATIL. (*Sombrio.*) Verdad.

PORCIO. Yo te doy el consulado,
dame tú su posesion.

CATIL. ¿Porcio Lecca, no te han dicho
que yo á esa mujer adoro?

PORCIO. Tambien se dice que aspiras
al consulado.

CATIL. Asi es.

PORCIO. Y yo sé, que sin mis votos,
la blanca toga que vistes
te se enredará en los pies.

CATIL. Tus votos hoy.

PORCIO. De Sempronia
hoy mismo la posesion.

CATIL. De ningun modo.

PORCIO. ¡Qué pierdes,
Catilina, la eleccion!

CATIL. ¿Te opones á mi albedrio?

PORCIO. No sé á qué viene ese rostro
tan cejijunto y sombrio...
Parece que de tu mano
destila sangre, y que ves
la sombra de Gratidiano.

CATIL. ¡Porcio Lecca! (*Furioso.*)

PORCIO. Ya colijo...
¡Recuerdos!... Hoy hace un año
que en Roma murió tu hijo!

CATIL. Fuera de aqui.

PORCIO. Nos veremos
allá en el campo de Marte.

CATIL. En las urnas lucharemos.
(*Se dirige á acompañarle.*)

PORCIO. Quédate... sin ceremonia...

CATIL. ¡Si soy elegido cónsul!

(*Con tono amenazador.*)

PORCIO. Será para mí Sempronia. (*Sonriéndose.*)

ESCENA X.

CATILINA.

¡Me pide una mujer que tanto adoro!
¡Qué es la mujer? Para quien ciego en ella
vé su felicidad, es un tesoro:
para quien compra sus encantos, vale
lo mas, el precio que le cuesta en oro.
¿Qué es para mí, que sin cesar me agito
de mi ambicion en los revueltos mares!
Un sacrificio mas que necesito
de mi propia ambicion en los altares.
¡Sempronia¡ ¡Mi ambicion¡ ¡Mis esperanzas!
Cuando nací, de mi opulencia Roma,
esta inmensa ciudad, se extremecia,
y noble entre los nobles descollaba
pura y sin mancha la nobleza mia.
Crecí; mi juventud tendió sus alas,
precipité mi corazon con ellas,
en mí vió el pueblo las mejores galas,
y la asiática pompa de mis juegos
el brillo oscureció de las estrellas.
¡Pobre al fin me quedé!.. Vi con mis ojos
la inmensidad del lodazal inmundo
en que se agita en su miseria un pueblo
hambriento en Roma y que conquista el mun-
y al tocar con mis dedos sus arapos (do...
tuve de él compasion y de mí mismo,
y exclamé para mí... «*Salgamos juntos*
el pueblo y yo de tan hediondo abismo.»
Y saldremos: yo haré que de su fuerza
reconozca el valor; pues él conquista,
yo haré que extraña voluntad no tuerza
la ley de la razon; gane y recobre
la autoridad, que sus derechos santos
no pierde un pueblo porque sea pobre.
Y al recobrarlos... ¿Qué? ¿Dará al olvido
mis crímenes de ayer? ¿Verá en mí solo

lo que entonces seré, no lo que he sido?
¿Lo que seré? Mi dictadura en Roma.
Porcio Lecca me pide los encantos
de esa mujer que con delirio adoro...
(*Con resolucion.*)
Si es preciso... Ambicion, seca la fuente
de mi cariño con tu manto de oro.
(*Se entra precipitadamente en el interior del palacio.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El campo de Marte.—El sepulcro de Sila.—A la izquierda del espectador y en primer término un grupo de plebeyos, gente de mala traza y vestida pobremente; unos de pié, otros sentados, beben y cantan formando corro. A la derecha y en segundo término discuten sosegadamente unos cuantos mercaderes de Roma; en medio de ellos se hace notar por la energia de sus movimientos y lo expresivo de su fisonomia el ciudadano Trebacio: en el fondo y al rededor del sepulcro se encuentran los veteranos de Sila y con ellos el centurion Calpurnio. Otros muchos ciudadanos de diversas condiciones van de un lado para otro, ó silvan y aplauden cuando se indique. Cethego y Marcio, en primer término, ocupan el centro del escenario. Lampridio se encuentra en el grupo de los plebeyos.

ESCENA PRIMERA.

Cethego, Marcio, Lampridio, Trebacio, Calpurnio, Pueblo, Veteranos.

Marcio. Cethego, ¿y los vetaranos
de Sila, que forman corro
allá junto á su sepulcro?

CETHEGO. Su corazon y sus manos
á merced y voluntad
de Catilina. Esta noche,
si á nuestra causa conviene;
entrarán en la ciudad.

MARCIO. Reñida va la eleccion.

CETHEGO. De Porcio Lecca depende,
si vota por Catilina,
victoria completa, Marcio;
si no, conquiste el valor
del consulado futuro
la autoridad y el honor.

MARCIO. ¿Y Julio César?

CETHEGO. Evita
comprometerse, y tan pronto
celebra de Ciceron
el ingenio, como grita
contra él, de mudanzas tales
ocultando la razon.

MARCIO. Veleidades y caprichos
que su índole justifica...

CETHEGO. Ó cautelosa ambicion,
que quiere de varios modos
ganar tiempo, lisonjeando
las esperanzas de todos.

LAMP. Bebamos; la ánfora corra, (*A los plebeyos.*)
en tanto que allá en las urnas
dos cónsules se fabrican.

1.° DEL PUEBLO. ¡Viva el Falerno, que borra
las penas del corazon!

CALP. A los piés de este sepulcro
(*A los Veteranos de Sila.*)
que las cenizas encierra
de Sila, juremos todos
de Roma al senado guerra.
Nuestras hondas cicatrices
nos dan derecho sobrado.

TREB. Ciceron asi lo quiere,
y asi lo quiere el Senado.
(*Algunos plebeyos se han acercado poco á poco á oir lo que se habla en el grupo de los mercaderes.*)

Elegir á Catilina,
fuera fiar, en un juicio,
la paz del pueblo romano,
no á la virtud, sino al vicio.
¡Lucio Murena y Silano!...
Eso es muy distinto.

2.° del pueblo. (*Mofándose.*) Justo.

Treb. Si no te agrada, á mí si:
cada cual vote á su gusto.

2.° del pueblo. Afuera los mercaderes...
(*Griteria: los plebeyos acosan á los mercaderes para conseguir que estos abandonen aquel sitio: los mercaderes se retiran: Trebacio en voz alta y queriendo dominar el tumulto, exclama.*)

Treb. ¡De cuándo acá en la ciudad
eterna no se permite
del voto la libertad?
Falta á la ley quien me quite
este derecho.

Lamp. (*Despues de beber, y procurando detener á algunos de los suyos, que se levantan para acudir al socorro de sus compañeros, que luchan con los mercaderes.*)
¡Mujeres
pareceis! ¡Curiosidad
maldita!

1.° del pueblo. Vé tú á saber...
(*Lompridio se dirige al grupo de los mercaderes y contribuye á echarlos.*)

Pueblo. ¡Afuera los mercaderes!
(*Estos van perdiendo terreno, hasta que por fin abandonan el combate y desaparecen.*)
¡Catilina! ¡Catilina!
(*Acosando á los mercaderes.*)

Treb. y Mercads. ¡Murena y Silano! (*Alejándose.*)

Cethego. Marcio,
un pueblo que asi se lanza,
enciende en secreto ya
la antorcha de la venganza.

ESCENA II.

Vuelve Lampridio *á su lugar primitivo: grande agitacion y movimiento en el centro; unos van, otros vienen; ya se hablan y se dan las manos, ya se disputan; todo esto produce de vez en cuando alguna confusion.* Cethego, Marcio, Lampridio, Calpurnio, Pueblo, Veteranos.

1.° del pueblo. Lampridio, ¿qué ha sido el caso?
Lamp. Ya nada; van como corzos.
Unos cuantos mercaderes...
¡Gente perdida... ladrones!
¡Asi estan ellos de gordos!...
¡Pues no faltaba otra cosa!...
Catilina... Catilina...
ó nos han de oir los sordos.
1.° del pueblo. Bebamos á la eleccion
de Catilina.
Lamp. Drepanio,
èso es hablar en razon.
Pueblo. (*Cantando y bebiendo.*)
Llenemos las copas,
del Bósforo son,
á Roma venidas
en tiempo mejor.
Paciencia; esperemos
la nueva eleccion...
si el pueblo la pierde,
prudencia por hoy...
mañana el incendio...
constancia y valor.
Veter. (*Al rededor del sepulcro.*)
Atenas la sábia,
guerrero leon,
al pié de sus muros
un dia le vió.
¿Sus fuertes legiones
ahora qué son?
Prudencia; esperemos
un tiempo mejor...

Muy pronto... mañana...
paciencia por hoy.

PUEBLO. Si el pueblo la pierde,
constancia y valor...
mañana el incendio...
prudencia por hoy.

VETERANOS. Paciencia; esperemos
un tiempo mejor;
muy pronto... mañana...
prudencia por hoy.

(Dejan de beber y se reparten por todo el escenario. A Lampridio se le ve siempre de un lado para otro, procurando comunicar á todos su actividad y su entusiasmo.)

ESCENA III.

Aparecen ANTONIO *y* CICERON, *precedidos de lictores: los plebeyos forman un grupo al rededor de Lampridio y hablan entre sí, riéndose y burlándose de los cónsules: otra porcion de romanos los mira con cierto respeto: Ciceron se detiene enmedio de la escena y lo observa todo.* CICERON, ANTONIO, MARCIO, CETHEGO, LAMPRIDIO, CALPURNIO; PUEBLO, VETERANOS.

UNA VOZ. *(Dentro.)* ¡Los cónsules!
(Aplausos dentro: murmullos en la escena.)

LAMP. ¡Qué pareja!
No sé cuál es el peor.
(Ciceron habla en secreto con Antonio.)

1.° DEL PUEBLO. Ciceron. ¿Quién duda eso?

LAMP. ¡Qué facundia! ¡Siempre hablando!
En este instante es feliz...
Estoy por decirle... ¿cuándo
te quitas ese redondo
garbanzo de la nariz?

CICERON. Ya lo ves; tranquilo el pueblo
se entrega á las elecciones...
Cethego y Marcio sustentan
en este lugar la causa
de Catilina... ¡Un anciano
de oscuro nombre! ¡Un mancebo

de deudas lleno! Aqui cuentan
pocos parciales Silano
y Murena. Apresuremos
nuestros pasos y motivo,
á acusaciones no demos.

LAMP. Ya se van.
(Ciceron, acompañado de Antonio y precedido de los lictores, atraviesa la escena con aire digno y paso mesurado: son pocos los que le saludan con respeto, y muchos los que se rien y se burlan de él.)

ESCENA IV.

CETHEGO, MARCIO, LENTULO SURA, LAMPRIDIO, CALPURNIO, PUEBLO, VETERANOS.

VOCES. *(Dentro.)* ¡Léntulo Sura!
(Dentro y fuera.)
¡Que viva Léntulo!
TODOS. ¡Viva!
LENT. Cethego, Marcio... *(Entrando.)*
CETHEGO. Procura
tranquilizarte. ¿Qué pasa?
LENT. ¿Y Catilina?
CETHEGO. Lo ignoro.
¿Y su eleccion?
LENT. Insegura;
no corre, Léntulo, el oro.
De Porcio Lecca depende.
CETHEGO. ¿Ha votado Porcio?
LENT. Aun no:
por Catilina ha un instante
que Porcio me preguntó.
¿Dónde está?
MARCIO. Fuera de Roma;
llegará á tiempo.
LENT. Lo dudo.
La eleccion tal giro toma,
que temo...
(Viendo á Lampridio que se le acerca.)
CETHEGO. Léntulo, calla.

LAMP. Una palabra, Cethego.
CETHEGO. ¿Qué quieres, Lampridio, tú?
LAMP. Si en buena ocasion no llego,
me íré; volveré mas tarde.
CETHEGO. Explícate pronto... vamos...
LAMP. Ya sabes que me ofrecieron
cien sestercios por cabeza...
CETHEGO. Bien. ¿Y qué?
LAMP. La lluvia de oro
prometida, ¿cuándo empieza?
Mi gente está ronca ya;
si no le dan lo ofrecido,
¿qué hade hacer?.. No votará...
CETHEGO. Lampridio, espera un momento.
SEMP. (*Dentro.*) A votar por Catilina,
romanos.
(*Aparecen Sempronia y Fulvia acompañadas de sus esclavos cargados de cofrecillos con dinero: Sempronia y Fulvia los abren de vez en cuando y reparten al pueblo monedas de oro: el pueblo las recibe con ánsia y aplaude y victorea.*)
PUEBLO. ¡Viva Sempronia!

ESCENA V.

CETHEGO, MARCIO, SEMPRONIA, FULVIA, LENTULO SURA, LAMPRIDIO, CALPURNIO, PUEBLO, VETERANOS, ESCLAVOS.

CETHEGO. A punto llegais las dos.
(*Abre uno de los cofres, toma dinero y se lo da á Lampridio.*)
Paga, Lampridio; alborota
y da vida á este cadáver
que llaman pueblo.
SEMP. ¿Quién vota
por Catilina, romanos?
FULVIA. ¿Quién vota por Catilina?..
1.° DEL PUEBLO. Nosotros todos, Sempronia,
si solemniza tu acento
la popular ceremonia.
La romana juventud

mas de una vez tus cantares
ha aplaudido y el primor,
Sempronia, de tus danzares.
Habla, pues: tu numen truene,
y aqui, en presencia del pueblo,
tu acento el espacio llene.

SEMP. ¡Pueblo de Roma, á las urnas!
(Como inspirada.)
El sol de Mario te alumbre,
y en mas inviolable cumbre
brillará la libertad,
si vencedor Catilina
de Murenas y Silanos,
hoy recibe de tus manos
la suprema autoridad.
Votad, ancianos, votad,
(El pueblo aplaude: alegria, confusion.)
Catilina, el compañero
de los pobres y el amigo,
dará á los pobres abrigo
que vagan por la ciudad.
¡La ley agraria, si es cónsul
Lucio Sergio Catilina!
Él solo su frente inclina,
oh pueblo, á tu voluntad.
Votad, mancebos, votad.
(El pueblo aplaude á Sempronia, que seguida de Fulvia y de los esclavos desaparece entre la multitud: Cethego se marcha tambien con ella. Léntulo y Marcio se unen á los grupos del pueblo.)

ESCENA VI.

CATON, MARCIO, LENTULO SURA, CALPURNIO, LAMPRIDIO, TREBACIO, LOS MERCADERES, PUEBLO, VETERANOS.

MERCADS. ¡Viva Caton!
PUEBLO. ¡Viva Sergio!
(Trebacio y los mercaderes con copas de vino por un lado. Lampridio y los suyos, tambien con copas de vino, por el otro lado.)

TREB. Insigne varon, tú eres
el ejemplo de los hombres...
LAMP. Y el terror de las mujeres.
TREB. ¡Caton, Caton!... No te asombres,
si en el calor que me inflama,
espejo de la virtud,
de Roma el mejor escudo
mi humilde voz te proclama.
Tú has heredado en la sangre
de aquel Caton, el severo
censor...
LAMP. De aquel que prestaba,
de aquel á quien da la historia
el apodo de usurero...
TREB. ¡A la salud de tu amigo
Marco Tulio Ciceron!
(Presentándole una copa.)
LAMP. No hagas caso... es una broma.
¡A Catilina, Caton!
(Presentándole otra copa.)
CATON. Estais borrachos. ¡A Roma!
(Bebiendo. El pueblo aplaude. Caton se retira acompañado de los Mercaderes y de Trebacio.)

ESCENA VII.

LENTULO SURA, MARCIO, CALPURNIO, LAMPRIDIO, CETHEGO, PUEBLO.

CETHEGO. Las furias se han conjurado
contra nosotros.
LENT. ¡Cethego!...
CETHEGO. La tribu entera ha votado
de Porcio Lecca... ¡estoy ciego
de ira, de indignacion!...
en contra de Catilina.
LENT. ¿Se ha perdido la eleccion?
CETHEGO. Todavia, no. Podemos,
si hay vigor en nuestros brazos
y brio en el corazon,
hacer las urnas pedazos:

podemos matar á Sila,
aun puedo matarme yo,
y echar la culpa del crímen
á Ciceron. Indignada
la multitud...

CATON. (*Dentro.*) ¡Ya no oprimen
de Mario las proscripciones!
Votad, romanos, con toda
libertad, porque hay justicia
en Roma, que pone coto
á la audacia y la malicia.
Murena y Silano sean
los futuros magistrados
de la república.
(*Cethego abandona precipitadamente á Léntulo y á Marcio, atropella á todos los que encuentra al paso, y subido en un banco de piedra, dice.*)

CETHEGO. Nunca:
aunque á los nobles no cuadre,
romanos, yo lo aseguro;
Catilina es vuestro padre.
Catilina, de los Gracos
restablecerá la ley,
y el pueblo con Catilina
al fin será en Roma el rey.
Quien lo contrario imagina
á Lucio Sergio calumnia.
(*Aplausos y vivas.*)

PUEBLO. ¡Catilina! ¡Catilina!
(*Cethego baja del banco y vuelve al lado de Léntulo y de Marcio.*)

MARCIO. ¡Cethego, sin tu presencia!...
(*Abrazándole.*)

LENT. ¡Tus labios son un raudal (*Lo mismo.*)
de poderosa elocuencia!...

CATON. (*Dentro.*) Julio César el pretor
con la inmensa autoridad
de su nombre, da á Murena
y á Silano su favor.
¡Su tribu entera ha votado
por ellos!

(Cethego vuelve á atravesar por entre los grupos, y subido en el mismo banco, dice:)

CETHEGO. Es natural
que vote César lo mismo
que Caton; hermana de este,
la desenvuelta Servilia
es su manceba; asi paga
la afrenta con que ha manchado
el nombre de la familia.
(Aplausos y víctores: el pueblo trae en hombros á Cethego hasta dejarle en los brazos de Léntulo y de Marcio.)

ESCENA VIII.

LENTULO SURA, MARCIO, SEMPRONIA, FULVIA, CETHEGO, LAMPRIDIO, CALPURNIO, PUEBLO, VETERANOS, ESCLAVOS.

CETHEGO. Fulvia .. Sempronia...
SEMP. La lucha
es de gigantes, Cethego.
FULVIA. El pueblo acude en tropel
por Catilina á votar.
SEMP. ¡Los dioses oigan mi ruego!
PUEBLO. *(Dentro.)* ¡Catilina! ¡Catilina!
(Movimiento en la escena; vivas de entusiasmo: todos selen á su encuentro. Catilina aparece; su mirada es torva, su semblante sombrío, su andar grave y mesurado: el pueblo forma un inmenso círculo á su alrededor.)

ESCENA IX.

CATILINA, LENTULO SURA, MARCIO, FULVIA, SEMPRONIA, LAMPRIDIO, CALPURNIO, CETHEGO, PUEBLO, VETERANOS, ESCLAVOS.

SEMP. ¡Ya está aquí!
FULVIA. *(Ap.)* ¡Su aire sombrío
me aterra!...
CETHEGO. ¿Qué nos anuncia

tu silencio?

CATIL. (*Ap.*) El pueblo es mio.
A mi palacio esta noche,
Calpurnio. (*Ap. á este.*) Ya ha terminado
la eleccion. (*Pausa.*) La dictadura (*Ap.*)
á falta del consulado.

LENT. Porcio Lecca...

CATIL. Ha sido fiel
á su promesa.

LENT. Ha votado
contra tí...

CATIL. Léntulo Sura,
lo sé; me lo ha dicho él.
Esta noche en mi palacio.
(*A Léntulo y á Marcio.*)
Lampridio...

LAMP. Ten esperanza.

CATIL. No la he perdido.

LAMP. Y si triunfan
tus rivales, aun nos queda...

CATIL. La hora de la venganza.
Sempronia... Al verla me acuerdo
de Porcio Lecca. ¡Sempronia!
(*La estrecha cariñosamente, pero de repente se separa de ella con terror, pero dominándose.*)
¡Sempronia! ¡Tesoro mio!
No sé qué he sentido en mí...
Su mano me ha dado frio.
(*Movimiento en el pueblo: gritos de* «Silencio, silencio.» *Todos vuelven la vista hácia el punto de donde sale una voz qae grita.*)

UNA VOZ. (*Dentro.*) Los dos cónsules elegidos por el pueblo para el año de 692, son *Décimo Julio Silano y Lucio Murena.*
(*Explosion de aplausos dentro y de murmullos y silbidos en la escena. Léntulo, Marcio, Cethego, Fulvia, Sempronia, Calpurnio, Lampridio, sumamente abatidos, Catilina tranquilo y risueño: el pueblo se va alejando poco á poco á una señal de Catilina. De pronto este se coloca en medio de

Léntulo, Marcio, etc., etc., y con voz sorda y mirada siniestra, exclama:)

CATIL. Esta noche...

Catilina los acompaña hasta el foro, y allí se despide de ellos. Aparece Porcio Lecca, y se coloca de modo que cuando vuelva Catilina al lado de Sempronia se encuentre con él.)

ESCENA X.

CATILINA, PORCIO LECCA, SEMPRONIA, FULVIA, ESCLAVOS *al fondo.*

CATIL. ¡Porcio Lecca!
PORCIO. Mis votos han decidido
de la eleccion.
CATIL. Ya lo sé.
¡Paciencia! Ya por vencido
me doy. ¿Quieren mas? La lucha
me ha fatigado. Saldré
de Roma esta noche.
PORCIO. Escucha.
SEMP. ¿Qué significa ese diálogo (*Ap. á Fulvia.*)
que se tiene entre los dos?
FULVIA. Lances serán del momento;
corta, si es que te lastima,
el vuelo á tu pensamiento.
PORCIO. No te queda otro partido
que abrazar; ó te atropella
del cónsul la autoridad,
ó tienes á mano armada
al fin que luchar con ella.
Dos mil esclavos te ofrezco
para esa triste jornada;
y si es preciso que el oro
á tus gentes fortifique,
tuyo es tambien mi tesoro.
De vida ó muerte es el lance;
(*Sempronia fija sus miradas en Catilina.*)
sin mí tu muerte es segura;
conmigo te elevarás,

oh Sergio, á la dictadura.

CATIL. ¿Y qué recompensa quieres?

PORCIO. Ya sabes mi condicion;
de aquella mujer que atenta
nos mira, la posesion.

CATIL. Esta noche en mi palacio.

PORCIO. Si una emboscada traidora
en tu palacio se anida...

CATIL. De un hombre, asi como tú,
¿para qué quiero la vida?

PORCIO. Tu diestra... No hay sangre en ella...
Sin duda ya la enjugó
tu llanto...

CATIL. ¡Me haces reir!...
No tengo lágrimas yo.

ESCENA XI.

CATILINA, SEMPRONIA, FULVIA, ESCLAVOS.

CATIL. Resolucion: mi voluntad se cumpla.
Lo quiero y ha de ser.

SEMP. Déjame sola:
hasta la noche, Fulvia... en su palacio.

ESCENA XII.

CATILINA, SEMPRONIA.

CATIL. Sempronia, ya lo ves; los dioses quieren
precipitar á Roma en un abismo.
Perdida la eleccion... te lo aseguro,
me da lástima Roma... ¡Compadezco
á esta pobre ciudad!

SEMP. Ricos y nobles
triunfaron en las urnas consulares...

CATIL. Ricos y nobles sentirán mañana
el peso de las iras populares.
No mas vacilacion: brilla y fulgura
allá en el porvenir... ¿no lo adivinas?

SEMP. ¿Qué, Lucio Sergio, qué?

CATIL. La dictadura.

¿Te asombra mi ambicion?

SEMP. Soy africana:
esposa tuya, arrostraré mas tarde
la muerte con valor, si el frágil barco
en que arrojada tu ambicion navega
llegare á zozobrar.

CATIL. Hábil piloto,
no me asusta el bramido de las olas,
mi fé se aumenta cuando ruge el Noto...
¡vivo en la tempestad!

SEMP. ¡Yo en el tumulto
de mis pasiones!

CATIL. A los dos nos junta
secreto lazo que acatar nos toca.

SEMP. Sigue adelante en tu camino, Sergio.

CATIL. Escucha. En el romano capitolio,
templo de adoracion por nuestras leyes,
aun se conservan con respeto santo
las antiguas estátuas de los reyes.
Sírvame de escalon la dictadura:
yo aspiro á mas... En mi ambicion aspiro
á reinar.

SEMP. (*Con explosion de alegria.*)
¿A reinar? ¿Tú rey?...

CATIL. Mas bajo;
de haber sido tan franco me arrepiento...
Esa palabra «rey» me da la muerte,
si se la lleva por desgracia el viento,
y en la ciudad de Roma la difunde,
y analizada por los ricos crece,
y entre ese pueblo que me aplaude cunde.
Si, yo aspiro á reinar; en tu cabeza
que brille quiero, si el valor te abona,
de Numa y Marcio, de Tarquino y Servio
la enmohecida ya régia corona.

SEMP. Habla: ¿qué exiges, Catilina? ¿el resto
de mi tesoro? Con los piés desnudos,
en mi edad juvenil, y hambrienta y sola
un dia atravesé de la africana
region los abrasados arenales,
y hambrienta á ellos volveré mañana,
si el cetro de esos reyes que celebra

la voz de tu esperanza y mi deseo
entre tus manos el destino quiebra.
Nada te importe si á mi patria vuelvo,
víctima de tu amor, sola y desnuda;
ya me conoce el sol, porque de envidia
tostó mi piel al convertir en polvo
el inmenso arenal de la Numidia.

CATIL. Para llegar á tanto, el artificio
no basta, ni el valor... Esa corona
de oro, ese cetro de Sempronia exige
un triste y doloroso sacrificio.

SEMP. ¿Cuál es? Si hay alguien que á tu plan estor-
si un brazo buscas decidido y fuerte... (be,

CATIL. Para matar me sobra con el mio...
no es ese el sacrificio.

SEMP. No comprendo...

CATIL. Yo si, Sempronia.

SEMP. (*Ap.*) ¡Su mirar sombrio!...
¿Qué será?

CATIL. Escucha. Porcio Lecca...

SEMP. (*Con tono desdeñoso.*) ¿Porcio?

CATIL. ¿Le conoces?

SEMP. ¡Pues no! La sombra mia
parece. Adonde quiera me lo encuentro.

CATIL. Porcio Lecca te adora.

SEMP. Lo sabia.

CATIL. Le he ofrecido hasta el mando de las Gallias..
Negóse á todo y decidió su tribu,
contraria á mi eleccion, la suerte mia.

SEMP. Lo sé.

CATIL. El amor de Porcio Lecca es tanto,
que me ha propuesto, á mas de su tesoro,
dos mil esclavos... Gladiadores, gente
de gran valor y en abundancia el oro!

SEMP. Prosigue, Lucio Sergio Catilina...

CATIL. Cuando se trata de llegar á un punto,
se va derecho á él; y si se obstina
un hombre en demoler el edificio
social de un pueblo y levantar en hombros
otro mas grande, recogiendo al paso
la corona real de sus escombros,
del pedazo de honor, ó de ternura

que pierda el corazon, no ha de hacer caso.

SEMP. Prosigue.

CATIL. Porcio el senador no quiere
ninguna dignidad.

SEMP. ¿Y qué desea?

CATIL. Sempronia, Porcio el senador prefiere...
Solo piensa en tu amor.

SEMP. Yo le desprecio.

CATIL. Las romanas costumbres no han alzado
ningun altar á la mujer; yo mismo
que en tí la flor de mi ventura veo,
que toco en tí mi bienestar futuro,
me dejo arrebatar de la corriente
y á las costumbres de mi patria doblo,
herido el corazon, la altiva frente.

SEMP. ¡Sergio!

CATIL. Si hay gloria en la virtud, el vicio
puede exigir á la virtud su parte,
cuando es un doloroso sacrificio.
Si del puñal que ensangrentando el foro
dió fama de Virginia al nombre oscuro,
si de la herida que se abrió en el seno
casta Lucrecia, vigorosa y santa
brotó la libertad, con tu forzosa
inesperada humillacion, acaso
de nuevo agite sus brillantes galas
rica de porvernir y mas hermosa.
(Sonrisa irónica de Sempronia.)
¡Oh! Lo esperaba, tu sonrisa pura,
esa mirada al fin limpia de enojos...

SEMP. Te debe recordar, se me figura,
del tigre oculto los chispeantes ojos.

CATIL. ¡Sempronia!

SEMP. Catilina el caballero
(Con espansion de ira.)
romano, Catilina el parricida...
Catilina el ladron, yo té he entregado,
no mi felicidad, sino mi vida.
Vine á Roma por tí; porque te amaba
llevé mi nave á los romanos puertos;
por que eras tú de mi pasion la gloria,
el sol abandoné de mis desiertos.

¿Y hoy que deshecha mi opulencia miro,
tú, Catilina, en tu maldad astuta,
aun antes de triunfar, venderme intentas
como á una desechada prostituta?
No lo conseguirás.

CATIL. (*Furioso.*) ¿Quién tan demente
habrá, que quiera detener su curso,
si de mi voluntad salta el torrente?
¿Se encuentra una corona donde quiera
que se la busca?

SEMP. Sin buscarla un dia
la vi á mis piés, la contemplé despacio;
pedíle amante al corazon consejo,
oí su voz y abandoné un palacio,
y el sol que dora con su lumbre pia
entre rosales, de encarnado enebro
la pobre tumba de la madre mia.

CATIL. ¡Sempronia! (*Sombrio.*)

SEMP. ¿Qué? (*Con suma frialdad.*)

CATIL. ¡Si se dispierta, teme
del corazon la concentrada ira!
Cuando me ciego, á mi pesar mi mano
se crispa, y luego á la ventura gira,
hasta encontrar, como ha encontrado, el pomo
(*Poniendo la mano sobre el de su puñal.*)
del puñal que dió muerte á Gratidiano.

SEMP. El tigre sobre mí de entre las peñas
(*Poniendo la mano sobre el suyo.*)
saltó mas de una vez, y yo con planta
firme y seguro corazon, el mio
le hundí mas de una vez en la garganta.

CATIL. ¿Frente á frente tú y yo?

SEMP. Lucha de fieras...

CATIL. Tú me juraste en mi palacio...

SEMP. Todo,
Catilina, por tí, como no ofendas
mi orgullo de muger: ¿lo has olvidado?
¡Catilina, ay de tí, como me vendas!

CATIL. Mucha importancia das... Yo solo veo
aqui, en mi enamorada fantasia,
el trono para tí, que es mi deseo.
Déjame contemplar esa hermosura

que ha sido y es y qué será en mi historia
el radiante fanal que la ilumine,
sin tí, sin ella, sin tu amor oscura.
¡Qué hermosa! Roma aplaudirá mañana
el triunfo de los dos... cuando en la cumbre
del capitolio el patriciado admita,
como don de piedad, la servidumbre...
cuando á tus piés se humillen las matronas
romanas y á tus piés medrosas tiendan
de flores y laurel verdes coronas...
Caton, que tiene la virtud sin tasa,
no ha mucho que entregó su mujer propia
á Quinto Hortensio para honrar su casa...
(*Silencio.*)
¿No me respondes? Tu silencio irrita.

SEMP. Mi silencio mortal no te alborote;
(*Frialdad.*)
yo sé quién eres, y recuerdo ahora,
que antes de recibirla el sacerdote,
antes de derramar, piadosa ofrenda,
su sangre en los altares, se engalana
de flores á la víctima, que triste
no verá el sol que alumbrará mañana.

CATIL. No me calumnies.
(*Afectando enojo por la sospecha.*)

SEMP. (*Dándole su puñal.*) ¡Catilina, toma:
juré vengarme, y si á vengarme llego,
piensa en la libertad que pierde Roma!
(*Catilina agarra de un brazo á Sempronia, despues de haber tomado el puñal: vacila; Sempronia le mira tranquila, impasible.*)

CATIL. ¿Me amas, Sempronia?

SEMP. Si; porque te adoro,
no quiero serte desleal, ni quiero
envilecerme mas.

CATIL. (*Devolviéndola el puñal y soltándola.*)
No me hace falta.

EMP. ¡Sergio!

CATIL. No es tiempo aun.

SEMP. Ya el sol declina
y esta noche...

CATIL. Sempronia, lo primero

cumplir mi voluntad... No me fascina
tu amor.

SEMP. Me vengaré...

CATIL. Llegará tarde
ese rayo infernal que me amenaza.
Y si á pesar de mi furor se obstina...
(Ap., acariciando el pomo de su puñal.)
¿Volverás esta noche á mi palacio?

SEMP. ¿Por qué no, Lucio Sergio Catilina?
(Sempronia se retira por el fondo acompañada de sus esclavos: Catilina la sigue con la vista hasta que desaparece.)

ESCENA XIII.

CATILINA.

Será forzoso. ¡Y por quien soy lo siento!
Sangre africana por sus venas corre...
Si puede, cumplirá su juramento. *(Pausa.)*
Ante mi porvenir, ante mi gloria
de dar á tantos como pobres gimen
alimento y hogar, ante la historia
matar á esa mujer no será un crímen.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero. Mesa enmedio de la galeria. El teatro alumbrado por antorchas.

ESCENA PRIMERA.

SEMPRONIA, FULVIA.

SEMP. Ya, Fulvia, me impacientaba.
¡Curio tal vez con sus dulces
amores te ha entretenido!...
FULVIA. Se fué, contra su costumbre,
al desplegar sobre Roma
la noche su manto fúnebre.
SEMP. ¿Y no has reparado en él
ese aire de incertidumbre
extraña, esa agitacion
que á las miradas descubre
de una mujer, el estado
de un pecho amante que sufre
porque calla?
FULVIA. No, Sempronia.
Curio es hombre que sacude
sus penas antes de verme,
y no con ellas me aburre.

Por lo demas su semblante
secretos no reproduce
que guarda su corazon,
aunque yo se los pregunte.

SEMP. ¿Y amas á Curio?

FULVIA. Sempronia,
con mucho amor, no lo dudes.
Me tengo por mas feliz
á su lado, que en la cumbre
del monte, la luna en brazos
de Endimion; no te figures
que mi amor es pasajero,
que es de esos que se consumen,
cuando se agota el tesoro
que los alienta y los nutre.
Yo le amo, porque su amor
alivia mis inquietudes,
porque él ha sido el primero
que, olvidando mis costumbres,
me habló como á las romanas
matronas de sangre ilustre.

SEMP. Y si peligrase Curio
en esta ciudad que impune-
mente recorren bandidos
de mantos rojos y azules,
y de togas empapadas
en riquísimos perfumes.. .
¿qué harias para salvarle?

FULVIA. Cuanto pudiera.

SEMP. Pues cumple
á la amistad, Fulvia mia,
que en Roma á las dos nos une,
darte un aviso prudente.

FULVIA. Habla, Sempronia.

SEMP. Ya ruge
en Roma el sordo huracan
de los disturbios; inútil
á Curio será tu amor
si esta noche no descubres
al cónsul lo que se trama
en este palacio. Escude,
Fulvia, tu revelacion

á Curio... No te apresures;
tiempo nos queda, y acaso
á sus proyectos renuncien.
¿Y Curio?

SEMP. Lejos de Roma
árdua mision le conduce.
Silencio, Fulvia, silencio,
(*Aparecen Marcio y Lampridio: un grupo de plebeyos los acompaña.*)
que ya á sus puestos acuden.
Por Curio y por Catilina
importa que disimules.

ESCENA II.

FULVIA, SEMPRONIA, MARCIO, LAMPRIDIO *y* PUEBLO, *por el fondo.*

SEMP. Salud, Lampridio; Marcio venerable,
salud.

LAMP. El pueblo acude al llamamiento
de Catilina.

MARCIO. Aunque oprimido y vario
de condicion, la esclavitud le ofende;
siempre es el pueblo del ilustre Mario.

SEMP. ¡Salud al pueblo que con tanta gloria
borró de Anibal la sangrienta huella
en el dorado libro de la historia!

ESCENA III.

FULVIA, SEMPRONIA, MARCIO, LAMPRIDIO, LENTULO, PUEBLO, SENADORES, *que acompañan á Léntulo.*

MARCIO. Bien venido serás, Léntulo Sura,
si la cercana lid no te da espanto,
ni te duele manchar en esta noche
tu limpia toga y tu rojizo manto.

LENT. Nunca he faltado á la palabra mia;
juré obediencia á Catilina en todo,
y aquí me tienes. Sila y Varguntheyo
me siguen y otros mas, cuya fiereza

en el combate, igualará mas tarde
al lustre secular de su nobleza.

ESCENA IV.

SEMPRONIA, FULVIA, LAMPRIDIO, MARCIO, LENTULO SURA, CALPURNIO, *que entra seguido de un grupo de* VETERANOS, PUEBLO, PATRICIOS.

SEMP. A Calpurnio salud.
CALP. Los veteranos
de Sila.

ESCENA V.

SEMPRONIA, FULVIA, LAMPRIDIO, MARCIO, LENTULO SURA, CALPURNIO, CETHEGO, *á quien acompañan algunos jóvenes de Roma, que se distinguen de los demas por la riqueza de sus mantos y la hechura particular de sus túnicas, que llevan mangas;* VETERANOS, PUEBLO, PATRICIOS.

SEMP. ¿Quién?
CETHEGO. La juventud de Roma,
la juventud que consagrada vive
del vino y del amor al doble aroma.
¿Y Catilina?
SEMP. Al extender sus pardas
sombras la noche, se ausentó de Roma.
MARCIO. Cansancio arguye, ó torpe cobardia
su desaparicion.
LENT. Si no volviese...

ESCENA VI.

SEMPRONIA, FULVIA, LAMPRIDIO, MARCIO, LENTULO SURA, CALPURNIO, CETHEGO, PUEBLO, PATRICIOS, VETERANOS, CATILINA *con una ánfora en la mano, que coloca encima de la mesa.*

CATIL. ¿Quién duda aqui de la constancia mia?
¿Quién con mas veras sacudir desea

de tanta humillacion la áspera carga?
Si del incendio la inflamada tea
aun no ilumina con su llama á Roma,
no es culpa mia, que mayor cuidado
de esta infeliz ciudad llevóme lejos.
Mi altivo corazon no desfallece;
el momento llegó; mi fé no duda;
se hinchan mis venas y mi audacia crece.
Si hay quien vacile entre vosotros, libre
tiene el camino.

CETHEGO. Catilina, cuantos
te oyen aqui, tu voluntad respetan.

LENT. ¡Te aclaman jefe en tan glorioso intento!

CATIL. Oid. Mi empresa necesita ahora
gentes de corazon, gentes que quiten
pretextos al temor, y que en un lago
de sangre humana al fin la precipiten.

CETHEGO. Todo, Sergio, por tí; te lo juramos.

CATIL. La misma voluntad, los mismos odios...

LENT. Y atrevimiento igual.

CETHEGO. No nos espanta,
por muy de prisa que en la senda corra,
y lejos quieras detener tu planta.

CATIL. Roma no es Roma; la ciudad de Mario
(Dirigiéndose á los grupos de Marcio y de Lampridio.)
hoy gime esclava; acobardado el pueblo
la ve en silencio entre cadenas triste,
y no se atreve ni á llorar con ella,
ni á sus verdugos, por salvarla, embiste.

MARCIO. Si tú á ese pueblo, Catilina, llamas;
como á ese pueblo tu entusiasmo guie,
hoy le verás en la civil contienda
su sangre prodigar, dártela toda,
si es menester, de su cariño en prenda.

CATIL. Roma no es Roma; la ciudad de Sila
(Dirigiéndose al grupo de los patricios, á cuya cabeza está Léntulo Sura.)
la mina es hoy, que á su placer explotan
Pompeyo y Crasso y Marco Tullio y César,
tras de la sombra que sobre ellos tiende
la virtud de Caton. Para ellos, todo;

honores, gloria, autoridad, riquezas...

LENT. Léntulo Sura, el noble descendiente
de los Cornelios, abandona al cabo
su magnífica toga perfumada;
si ha sido un tiempo del placer esclavo,
hoy, Catilina, esgrimirá la espada.
Anio, Statilio, Varguntheyo, Antronio...
(Catilina le estrecha la mano, y se dirige al grupo de Cethego.)

CATIL. Roma no es Roma; la ciudad hermosa
de los placeres; la ciudad que á orilla
del Tiber se alza, y que en el mundo aislada,
como la estrella del oriente brilla,
ya, Cethego, perdió su galanura,
la amante soledad de sus jardines...
no turba ya su sepulcral sosiego
la alegre juventud con sus festines.

CETHEGO. Sergio, la alegre juventud romana,
la que hunde en el placer vida y tesoros,
la que de ricas togas se engalana,
como hoy su brazo por mi voz te ofrece,
por tí tambien combatirá mañana.
(Catilina se dirige á los Veteranos de Sila: Calpurnio recibe con alegria sus miradas altivas, y dándole la mano, exclama:)

CALP. Calpurnio el centurion, el que de Sila
brindó á la gloria y compartió las penas;
los Veteranos que con él subieron
sobre las ruinas de la sabia Atenas.

CATIL. Hora es ya de que Roma se despierte:
cruce la libertad plazas y calles
en brazos esta noche de la muerte.
Patricios, á probar vuestro denuedo
en la cercana lid: raza de Mario,
no olvides hoy, por generoso instinto,
lo que olvidar tu condicion no debe;
pueblo te llamarán en tu victoria
los que hoy, en su desden, te llaman plebe.

BODOS. ¡Venganza y libertad!
(Con entusiasmo frenético.)

CATIL. Silencio: un grito
puede alarmar á la ciudad dormida...

Ni tregua ni perdon: ¡dentro de un hora!
Yo os daré la señal: cuando la hoguera
de este en que yo nací rico palacio,
revuelta de humo entre confusas nubes
con su chispeante luz pinte el espacio...
entonces es cuando empezar la lucha
á nuestra causa y al valor conviene:
gane el que es noble dignidad en ella,
alimento y hogar, quien no los tiene.
Lleno de vida y de esperanzas late:
(*Poniendo la mano sobre el corazon.*)
allí saludareis á Catilina,
donde con mas vigor arda el combate.
(*Los conjurados rodean á Catilina y le abrazan: despues se retiran unos por la derecha, otros por la izquierda.*)

ESCENA VII.

SEMPRONIA, FULVIA, CATILINA, MARCIO, LAMPRIDIO, CALPURNIO, CETHEGO, LENTULO SURA.

FULVIA. Sempronia. (*En voz baja.*)
SEMP. (*Lo mismo.*) Hay tiempo.
LENT. Catilina, juro
que mi amistad...
CATIL. No liga un juramento,
aunque á las furias del averno invoques,
á quien de mí dudó por un momento.
LENT. Y bien, ¿qué exiges?...
CATIL. Beberemos juntos.
CETHEGO. A nuestro porvenir...
CATIL. ¡O á nuestra muerte!
MARCIO. Bebamos, pues.
LENT. (*Tomando el ánfora.*)
El ánfora... El primero
debo yo ser en la nocturna orgía...
¿Rico Falerno?
CATIL. La bebida es sana.
LENT. ¡Bebamos, pues, á nuestra gloria!
CATIL. ¡Léntulo!
¡llena el ánfora está de sangre humana!
TODOS. ¿De sangre humana?

(Con terror; Léntulo deja el ánfora sobre la mesa, sin haberla tocado con sus labios.)

CATIL. Oid. He consagrado
nuestra empresa á los dioses infernales!

CETHEGO. ¿Su voluntad tremenda has consultado?

CATIL. Si.

CETHEGO. ¿Qué pidieron?

CATIL. La inocente sangre
de un mancebo su altar ha enrojecido.

CETHEGO. ¿A quién hirió el puñal de Catilina?

CATIL. Septimio junto á mi, blonda y rizada
lo cabellera y la sonrisa pura;
Septimio junto á mí, dulce y festivo
como el callado céfiro que mueve
sin deshojar la flor, cuando sobre ella
rocio bienhechor la aurora llueve,
el oráculo oyó; los ojos mios
se clavaron en él, y aquel mancebo,
sintiendo acaso misteriosos brios,
me dijo con voz triste y dolorida...
«Sergio, mi corazon ya ha saludado
»los primeros albores de esa vida,
»que es en la juventud siempre esperanzas,
»y luego en la vejez la hiel apura
»del seco desengaño en la redoma.
»Huérfano, ó Sergio, yo desde la cuna,
»solo á una madre he conocido... á Roma!
»conmigo quiero sepultar mi nombre...
»ciérrense para él nuestros anales,
»por mas que al mundo el sacrificio asombre.
»*Con sangre humana las deidades quieren*
»*que se riegue su altar*... que de esta sangre
»beba el que no es traidor... El nuevo dia
»alumbre, pues, la libertad romana;
»corra sin compasion, la sangre mia.»
Dijo, y rasgóse el corazon de un golpe
clavándose el puñal... Su sangre es esa;
su sombra en torno de nosotros gira...
quien la repugne, su traicion confiesa.
(Señalando el ánfora. Momentos de silencio: Catilina clava los ojos en Sempronia: esta se adelanta, toma el ánfora y bebe.)

SEMP. Sin vacilar. (*Bebiendo.*)
(*Todos los conjurados beben por el órden que estan colocados.*)

LENT. (*Despues de beber.*) De nubes funerarias
el cielo se cubrió.

CATIL. Léntulo Sura,
mientras haya palacios que se incendien,
no nos pueden faltar las luminarias.
(*Catilina bebe, y al ofrecerle el ánfora á Fulvia oye el ruido que hacen los Lictores al entrar por los jardines: se detiene, y coloca el ánfora sobre la mesa.*)

ESCENA VIII.

CATILINA, SEMPRONIA, FULVIA, MARCIO, LENTULO SURA, LAMPRIDIO, CICERON.

CATIL. ¿Quién? ¡Ciceron!

CICERON. Al encontrar abiertas
de tus jardines, Sergio Catilina,
á media noche y sin razon las puertas,
un pensamiento de bondad me ha hecho
en ellos penetrar, venir á hablarte,
siendo quien soy, bajo tu mismo techo.
(*A una señal de Catilina se retiran todos, unos por la derecha, otros por la izquierda.*)

ESCENA IX.

CICERON, CATILINA.

CATIL. ¿Sabré por fin la razon
de esta sorpresa nocturna?
¿No puedo yo en mi palacio
congregar la alegre turba
de mis amigos, sin que,
por causas que se me ocultan,
un cónsul trueque en silencio
mortal nuestra alegre bulla?

CICERON. Lucio Sergio Catilina,
á quien la plebe saluda

como la sola esperanza
de su grandeza futura,
no vengo hoy á tu palacio,
recto magistrado, en busca
del asesino que mata,
ó del bandido que hurta.
Vengo de paz; á ofrecerte
de oliva la rama pura,
que volverá, si la admites,
el sosiego á la república.

CATIL. ¿Tales ofertas á mí,
cuando Ciceron me acusa
de traidor ante el senado?
¿Cuando los nobles se burlan
de mi respeto á la plebe,
de mi derrota en las urnas?
¿Qué rumor de la ciudad
el dulce sueño perturba?

CICERON. Tranquila descansa Roma;
el cónsul te lo asegura.
Pero el cónsul Ciceron,
no ha querido, Sergio, nunca
teñir con sangre las calles
de esta ciudad sin ventura.
La que se vierte en discordias
civiles es infecunda;
no tiene mas vida un pueblo
porque con sangre se nutra.

CATIL. Conciliador viene el cónsul
á mi palacio: sin duda
que el viento de su desgracia,
aunque de lejos, ya zumba...

CICERON. Lucio Sergio Catilina,
mi palabra, por vez última,
va á resonar en tu oido.
¡Ay de tí, si no la escuchas!
Proscrito del suelo patrio...

CATIL. La proscricion no me asusta.
Tambien proscrito se vió
el vencedor de Yugurtha,
pero Mario del destierro
volvió muy pronto, y su furia

trazó recuerdos á Roma
de muerte en su dictadura. (*Sonriéndose.*)

CICERON. Catilina, esa siniestra
sonrisa en la boca tuya
tu noble frente oscurece...

CATIL. ¿Noble mi frente?

CICERON. ¿Lo dudas?

CATIL. No, Ciceron; lo sabia:
¡si es noble desde la cuna!

CICERON. Escucha, pues.

CATIL. Ya te escucho,
y ser conciso procura,
que es tarde, me ronda el sueño,
y mi paciencia no es mucha.

CICERON. El pueblo romano un dia
me dió la magistratura
que ejerzo; en mis manos puso
la autoridad, en que funda
su reposo. Desde entonces,
Catilina, tu figura
se ha dibujado á mis ojos
como esas sombras que abulta
la imaginacion, salidas
de las hondas espelúneas.
Yo sé que cercana está
esa hora tremebunda,
en que es fuerza que de Roma
los viejos cimientos crujan...

CATIL. Si es asi, ¿quién eres tú
para evitar que se cumpla
la volnntad de los dioses?
Si por la base caduca,
Marco Tullio Ciceron,
déjala pues que se hunda.

CICERON. Deberes santos me impone
de cónsul la investidura.
¿A dónde vas? ¿Qué pretendes?
¿Por qué, Sergio, no renuncias
de esa ambicion bulliciosa,
á la inquietud que te ofusca?
Si tu empeño es la riqueza,
yo haré que rebosen una

tras otra tus arcas de oro,
y si la gloria te empuja
al belicoso ejercicio,
batalla, conquista y triunfa.

CATIL. Si puedo alcanzar yo solo,
Marco Tullio, sin tu ayuda,
aun mas de lo que me ofreces,
¿á qué ese empeño en que surja
un vínculo de los dos
que á entrambos tal vez disgusta?

CICERON. Por última vez responde,
Catilina á esta pregunta.
¿Dónde vas? ¿Qué es lo que quier es?

CATIL. A tu vez, cónsul, escucha.
Ciceron, yo quiero un pueblo,
(*Con voz de trueno.*)
no un cadáver que repugna
por los mugrientos harapos
en que hambriento se rebuja.

CICERON. ¿Y piensas que se le arranca
á esa condicion inmunda
enseñándole el camino
de escarnecer lo que inculcan
como sagrado las leyes?

CATIL. Yo pienso que se le insulta
con ese lujo insensato
que ricos y nobles usan.
¡La hora ha sonado ya,
Ciceron, de la república!
¡De ese cuerpo sin cabeza,
que allá en sus entrañas junta
dos elementos de vida
que al fin es fuerza se excluyan!
¡El patriciado y la plebe!
Aquel envuelto en sus túnicas
y en sus mantos recamados
de ricas telas de púrpura:
esta, pobre y andrajosa
y hambrienta, vaga y se agrupa
dia y noche en la ciudad,
las mas veces sin que cubra
un mal guiñapo sus carnes

completamente desnudas.

CICERON. ¿Y ese es el pueblo romano?

CATIL. Ese es el pueblo que busca
y encuentra esclavos en Asia
para esta ciudad de Numa.

CICERON. Trigo el Estado le da
para aliviar su penuria.

CATIL. Y yo le daré justicia,
justicia grande ; iracunda,
igual á la inmensidad
de su larga desventura.
No da virtud la riqueza;
la plebe no tiene culpa
de ser pobre; abajo caigan
diferencias tan absurdas.
Iguales, todos iguales,
ya que al nacer, por fortuna,
un mismo aire nos da vida
y un mismo sol nos alumbra.

CICERON. Congrega á esa muchedumbre,
si tanto su bien te impulsa,
y á tus águilas se agrupe,
y arrójate en las llanuras
que riega el hondo Eufrates,
que baña el Nilo en la Nubia.

CATIL. ¿Para qué? Clava tus ojos
en las montañas de Etruria;
las fieras en ellas viven,
porque nadie las disputa
la cueva en que se guarecen,
ya del sol, ya de la lluvia;
pero los conquistadores
de Atenas, los que en las puntas
de sus picas se llevaron
la corona de Yugurtha,
por ellas hambrientos vagan,
sin poder en su amargura
dar pan á sus pobres hijos,
ni hogar á las madres suyas.
Su sangre amasó palacios,
pagó ricas esculturas,
alzó templos á los dioses;

de sus heridas profundas
brotaron montones de oro
que los patricios usurpan...
¿Y ellos, qué?... Se los desprecia,
cuando no se los calumnia:
los apellidan señores
del universo, y en suma
carecen hasta de sitio
en que cavarse una tumba.

CICERON. Lucio Sergio Catilina,
¡ay de tí si se derrumba
este edificio! ¡Ay de Roma!

CATIL. No importa: que sueltas rujan
las iras de un pueblo esclavo!
¿Qué pierde un pueblo en que injustas
grandezas se desmoronen?
De esos escombros, si se urgan
con hábil mano, saldrá
otro edificio que supla
por aquel, adonde el pobre
se refugie y no le escupan.

CICERON. ¿Y eres tú quien te has propuesto
alzar tan inmensa cúpula?
Sicario en tiempo de Sila,
en nuestros tiempos nocturna
aparicion que de Vesta
el templo sagrado injurias;
descendiente de Sergesto,
cuya nobleza deslustras
de tus torpes bacanales
al negro vapor que ensucia,
Catilina el parricida,
¿has creido por ventura
que el pueblo olvidó tus crímenes
porque hoy te aplaude y te encumbra?

CATIL. Todo es verdad, no lo niego:
mas de esa cisterna inmunda
de mi vida disipada
brotó luminosa y pura
la idea de dar á un pueblo
libertad. Si en las etruscas
montañas entre bandidos

bandido fuí; si en las grutas
de mis jardines, que el viento
meciendo flores perfuma,
fuí asombro de criminales
misteriosas aventuras;
si el hierro del parricida
brilló en mis manos robustas,
Marco Tullio Ciceron,
hoy quiero que la difunta
libertad de sus cenizas
renazca; radiante suba
al cielo entre llamaradas
de fuego; que ellas reduzcan
á polvo, de mi conciencia
la flecha que aqui me punza.

CICERON. No da libertad á un pueblo
quien presenta en las arrugas
de sus mejillas del crímen
el sello, y le ven las turbas
correr, como un insensato,
tras criminales locuras....

CATIL. Tambien me han visto en las calles,
Ciceron, de la Subburra,
dar á los pobres limosna,
cuando hay patricios que escuchan
sus ayes, y por respuesta
aprietan las cerraduras
de sus cofres: allá en Africa
me han visto tambien columnas
alzar al nombre romano!...

CICERON. ¡Catilina!

CATIL. Si te asustas,
á la silla de marfil
desde este punto renuncia.
Cireron, no el tiempo pierdas
vanamente en conjeturas:
trabajo de tantos años
no es fácil que tú destruyas.
Junto á mí Roma congrega
su juventud disoluta;
junto á mí, pretor un tiempo
de las guerreras centurias,

de Mario y Sila los restos
alegremente se agrupan!
Tambien á mi lado hay nobles...
honrados que me saludan...
¡Ciceron, Roma soy yo!

CICERON. ¡Quien tanto y tan bien calcula
ya no aspira al consulado,
aspira á mayor altura!..

CATIL. Como haga dichoso al pueblo,
de fé que no me preguntan
si va en mis hombros del cónsul
ó del monarca la púrpura.

CICERON. Mañana, cuando el senado
en el templo se reuna,
yo encenderé contra tí
hoguera tal que reduzca
tu loca ambicion á polvo!

CATIL. Por muy de prisa que cunda,
yo haré para sofocarla
escombros de la república!...

ESCENA X.

CATILINA, LENTULO SURA, CETHEGO, SEMPRONIA, FULVIA, CALPURNIO, LAMPRIDIO, MARCIO.

CATIL. Venganza y libertad.

CETHEGO. España es mia.

MARCIO. Las Gallias para mí. (*Aparece Porcio Lecca.*)

LENT. Yo solo quiero
el consulado con la Italia entera.

CALP. Yo el dominio del mar.

LAMP. Yo la Cilicia.
(*Catilina los oye con risa desdeñosa y los mira con desprecio.*)

SEMP. ¿Y nada para tí?

CATIL. Para mí... todo!

ESCENA XI.

CATILINA, SEMPRONIA, MARCIO, FULVIA, LENTULO SURA, CETHEGO, CALPURNIO, LAMPRIDIO, PORCIO LECCA, *seguido de unos cuantos gladiadores.*

PORCIO. ¿Cómo sin aguardarme, oh Catilina,
el botin se reparten de este modo?

CATIL. Porcio Lecca.

LAMP. (*Dirigiéndose sobre él con el puñal en la mano.*)
Traicion.

PORCIO. Guarda, Lampridio,
para luego el puñal; yo vuestra gloria,
mas que otro alguno, en la ciudad envidio.
Libertos, gladiadores os ofrezco
en número y valor; sobre las gradas
de mi palacio estan; si yo lo mando,
como un rayo caerán, gritando «Roma
y libertad,» sobre el opuesto bando.
Tal vez su peso la balanza inclina...
¿Me quereis por amigo?
(*Todos los conjurados ó le abrazan ó le dan la mano.*)
¿Qué me cede
en pago, Lucio Sergio Catilina?
(*Los actores se encuentran colocados de la manera siguiente: Léntulo, Marcio, Cethego, Calpurnio, Lampridio, Sempronia, Catilina, Porcio Lecca, Fulvia, los gladiadores. Desde el instante en que ha pisado Porcio la escena, Sempronia observa con la mayor atencion todos los movimientos de Catilina. Cuando Porcio acaba de hablar, Catilina y Sempronia se miran con altivez y con aire resuelto. Catilina de pronto la agarra de un brazo y la arroja violentamente al lado de Porcio Lecca.*)

CATIL. Quien da su corazon dar mas no puede.

SEMP. Fulvia, revela á Ciceron la trama.

(*En voz baja. Fulvia desaparece por detras de los gladiadores.*)

ESCENA XII.

CATILINA, SEMPRONIA, MARCIO, LAMPRIDIO, LENTULO SURA, CETHEGO, PORCIO LECCA, CALPURNIO, GLADIADORES. *Porcio Lecca tiene de la mano á Sempronia.*

SEMP. Para torcer tu voluntad me restan
(*A Catilina con voz ronca y reconcentrada ira.*)
mi mano y un puñal; no seré nunca
vil mercancia; mi venganza lego
á los sepulcros; de su centro oscuro
saldrá de tu hijo la implacable sombra
gritando sin cesar... «al parricida!..»
Ella, nó yo, te amargará la gloria,
si en esta noche de terror, los dioses
vida te dejan y te dan victoria.

ESCENA XIII.

CATILINA.

Para acallar la voz de mi agonia,
de maldicion filial grito profundo,
gloriosa expiacion aunque tardia,
(*Tomando una antorcha encendida.*)
la libertad de Roma, la del mundo,
arrojaré sobre su tumba fria.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Palacio de Porcio Lecca á la derecha; el de Caton á la izquierda; el de Sempronia en el fondo: donde mas convenga la casa y tienda del mercader Trebacio. Arboles: el teatro alumbrado por la luna.

ESCENA PRIMERA.

PUEBLO, *los* ESCLAVOS *de* PORCIO LECCA *junto á las puertas de su palacio.*

1.° DEL PUEBLO. ¿Dónde vas?

2.° IDEM. Drepannio, vengo
de rondar.

1.° IDEM. ¿Qué has visto?

2.° IDEM. Nada.
Marco Tullio Ciceron
duerme tranquilo: cerrada
de su palacio encontré
la puerta.

1.° IDEM. ¿Y el otro cónsul?

2.° IDEM. ¿El cónsul Antonio? A fé
de quien soy, no me he cuidado
de su persona; estará
en donde mejor esté.
¿Y tú, qué has hecho?

1.° IDEM. Lo mismo;

rondar, vigilar las puertas
de la ciudad, y por cierto
que las he encontrado abiertas.

2.º IDEM. ¿Abiertas?

1.º IDEM. Pero las guardan
los robustos legionarios
de César: yo los he visto...

2.º IDEM. ¿Y ya te vuelves?

1.º IDEM. ¡Pues no!
¿Qué se dirá si no asisto
al gran combate?

2.º IDEM. Despacio.
(*Trebacio atraviesa la escena y se entra en su casa.*)
¿No ves por allá una sombra?

1.º IDEM. ¿Sombra el cuerpo de Trebacio
el mercader?

2.º IDEM. Es verdad.

1.º IDEM. Es tarde y vuelve á su tienda
á dormir.

2.º IDEM. ¿Su tienda?

1.º IDEM. ¡Pues!
La tiene á larga distancia
del centro de la ciudad.

2.º IDEM. Es singular el capricho
ó excesiva precaucion.

1.º IDEM. Ni aun asi; lo dicho dicho:
no haya tregua ni perdon.
Volvamos á nuestros puestos.

2.º IDEM. Alli Porcio Lecca vive.

1.º IDEM. La multitud lo publica
de sus esclavos.

2.º IDEM. Y aqui
vive Caton. ¡Vaya un par
de palacios!

1.º IDEM. Luminarias
para despues.

2.º IDEM. A lo lejos...
se me figura... ¿No observas
como de llamas reflejos,
hácia el punto en que domina
á Roma el antiguo y noble

palacio de Catilina?
1.º IDEM. La señal: combatiremos
hasta morir ó vencer.
2.º IDEM. No os olvideis de que aquella
(A su grupo, en voz baja, señalando la de Trebacio.)
es casa de mercader.

ESCENA II.

TREBACIO, *saliendo de su casa y observando.*

¿Quiénes serán esos nuevos
y nocturnos rondadores?
Tras de mi puerta escondido,
pude ver, no pude oir.
(Aparecen Sempronia, Porcio Lecca, Léntulo Sura, Calpurnio y Cethego.)
¿Otros mas? Muy concurrido
va estando el barrio esta noche.
(Volviéndose á su casa.)

ESCENA III.

PORCIO LECCA, SEMPRONIA, LENTULO SURA, CALPURNIO, CETHEGO, ESCLAVOS.

PORCIO. Lo que á Sergio he prometido
cumpliré: mis gladiadores
ya con Lampridio se han ido.
Esclavos, hasta mañana *(A sus esclavos.)*
en todo obedecereis
á quien mi anillo os presente...
(Entrega un anillo á Léntulo Sura.)
Léntulo Sura, valor
y audacia sobra á esta gente.
Déjalos á su albedrio,
que quien los iguale habrá,
mas no quien los gane en brio.
LENT. Yo sé que Léntulo Sura
su esfuerzo aprovechará.
CETHEGO. Mañana al brillar el dia

su llama esplendente y pura
con legítimos asombros
dará luz al vasto imperio
que sostendrán nuestros hombros.

PORCIO. ¡Que Júpiter Estator
y Marte, Dios de la guerra,
sostengan vuestro valor!

CETHEGO. ¡Que encienda Erimnis su antorcha
y guie, Porcio, mi planta
en esta noche de horror!
(Cethego, Léntulo Sura y Calpurnio, seguidos de los esclavos de Porcio Lecca, desaparecen por la izquierda. Se presenta de nuevo Trebacio á la puerta de su casa, y se dirige al palacio de Caton, despues que Porcio Lecca, llevando de la mano á Sempronia, haya entrado en el suyo.)

ESCENA IV.

TREBACIO, *poco despues un* LIBERTO *de* CATON.

TREB. ¡Cethego y Léntulo aqui...
y Porcio Lecca y Calpurnio!...
Seguro estoy que los ví...
(Llama; aparece el liberto; le habla en voz baja: el liberto se entra de nuevo en el palacio.)
Dí á Caton que el mercader
Trebacio tiene que hablarle,
y al punto lo ha menester.
(Aparece Caton. Trebacio sale á su encuentro.)

ESCENA V.

CATON, TREBACIO.

TREB. Perdona si de este modo
tan brusco y tan á deshora,
noble Caton, te incomodo.

CATON. ¿Qué quieres?

TREB. Darte un aviso.
CATON. ¿Y cuál?
TREB. En el barrio advierto
repentina animacion
que no me agrada: es preciso
con gran cautela vivir
en estos tiempos que corren.
CATON. Trebacio, vete á dormir.
TREB. He visto...
CATON. Muchos fantasmas...
TREB. ¡Yo á nadie en coraje cedo,
y si peligrára Roma!...
CATON. Ya sé que no tienes miedo.

ESCENA VI.

CATON, TREBACIO, CICERON, CASIO, LICTORES, SOLDADOS, MERCADERES, CABALLEROS, SENADORES, ESCLAVOS *de* CATON, PUEBLO.

CICERON. (*Dentro.*) Dejad el sueño; la discordia agita
sus cien cabezas de inflamadas crines;
pueblo romano, Catilina, abriendo
el gran volcan de su traidora idea,
amenaza tragar la populosa
ciudad de Spurio Casio... Mercaderes,
honrados caballeros, senadores,
el rostro no escondais como mujeres...
CANON. Conmigo, mis leales servidores.
(*Aparecen de una parte los esclavos y libertos de Caton; de la otra Ciceron, precedido de lictores y acompañado de una multitud inmensa, compuesta de patricios, de senadores, de mercaderes, de soldados y de algunos plebeyos, que llevan antorchas encendidas. Casio al lado de Ciceron.*)
CICERON. ¡Romanos, á salvar el capitolio;
que no levante en él, sobre la ruina
universal, la iniquidad su solio!
La voz del cónsul Ciceron proclama
que está Roma en peligro; á sostenerla
de vuestras hijas el decoro os llama;

la santidad de vuestros propios lares
tan generosa obligacion reclama.
Casio á mi lado está, Julio Silano
Murena y otros cien, fieros mantienen
al pie del templo la empeñada lucha...
(Tumulto muy á lo lejos.)
¿No ois? ¿No ois? De la civil discordia,
la sorda, inmensa aclamacion se escucha.
¡Del capitolio á la inviolable cumbre!
¡Ese incendio voraz que abrasa á Roma,
á Catilina en su esterminio alumbre!

ESCENA VII.

FULVIA, SEMPRONIA, *aquella por la derecha, Sempronia sale precipitadamente del palacio de Porcio Lecca, con un puñal en la mano y los vestidos en desórden y destrenzados los cabellos.*

FULVIA. Sempronia ¿á dónde vas? ¿Qué desvario
embarga tu razon?..
SEMP. Te has engañado:
la senda es esta del palacio mio
y mi palacio aquel.
FULVIA. Tu mano armada,
tu agitacion, de tu pupila incierta
la mirada feroz...
SEMP. No me preguntes;
pasa Fulvia, el dintel de aquella puerta,
y allí verás, lo que cediendo al grito
de mi comprada humillacion, mi mano,
mi desesperacion con sangre ha escrito.
FULVIA. No te comprendo.
SEMP. Pues el filo toca
del hierro matador...
FULVIA. *(Horrorizada.)* ¡Oh! ¡Me horrorizas!
¡Uñas de tigre y corazon de roca!..
SEMP. ¡Hija de los desiertos africanos,
con mas ferocidad, si se me insulta,
que el hambriento leon que de sus montes
en el espeso matorral se oculta!
(Pausa.)

Yo sé que en Roma, en la insolente Roma,
la mujer á lo mas, es un juguete,
que, cuando es nuevo, á engalanar la casa
se le destina, y cuando viejo, á gusto
del que antes le compró, se le traspasa;
mas sé tambien, que desde aqui, contemplo
de un mercader de amor el cuerpo frio,
que dejo tras de mí tan alto ejemplo.

FULVIA. ¿Y Lucio Sergio Caatilina?

SEMP. Fulvia,
su amor y su ambicion juntos luchaban
y quise dar á su ambicion apoyo.
Estos dos elementos de la vida
su yerto corazon se disputaban,
y el segundo al triunfar sobre el primero,
de Catilina sacudió los brazos,
y torpe y criminal y astuto y fiero
el alma de Sempronia hizo pedazos.

FULVIA. ¿Te aborrece quizás?

SEMP. ¿Aborrecerme?
(Pausa.)
Si no viera en su infamia un sacrificio
que hace su corazon... ¡por vida mia!
(Energia y resolucion.)
antes que la de Porcio, en mi despecho
su sangre toda derramado habria.
(Pausa.)
Con firme planta atravesé el espacio
que media entre el hogar de los Sergestos
y este recinto, mas con pié cobarde
los umbrales crucé de aquel palacio.
Ya dentro dél, el camarin de Porcio
mortal asombro me causó; lo juro.
Yo vi á mi alrededor jarras etruscas
vertiendo flores, cinceladas copas
del Bósforo oriental; limpios cristales
de Chipre; estátuas que en sus formas puras
y en la bondad de sus ligeras ropas
revelaban las manos inmortales
de Alcaménes, de Sócrates y Eschyro:
yo vi á mi alrededor frescas pinturas
del romano Pacuvio y telas de oro,

lechos de pluma y púrpuras de Tiro,
y á Porcio junto á mí, de tal manera,
que sus dedos, crispados por la fiebre
de la esperanza, destrenzar podian
á su antojo y placer mi cabellera.
Miréle altiva y rechacé su alhago;
él con ahinco acariciarme quiere;
yo escarnio vil de sus caricias hago
y el ¡ay! de amor entre sus labios muere.
Ardiendo en ira, el senador de Roma
sin piedad sobre mí se precipita,
y duro pedestal de mármol frio
no tiembla el pecho, ni mi acento grita.
Tremenda lucha entre los dos se traba;
sujetarme es su afan, y aunque mi mano
una y cien veces en su piel se clava,
crece su empeño y su vigor redobla
hasta arrojar sobre su lecho el cuerpo,
sin fuerzas ya, de la infeliz esclava.
La leona cedió, mas la culebra,
astuta, ahogando el precursor silbido,
se guareció bajo su seno y pronto
sintióse Porcio el corazon mordido,
pues al besarme con afan violento
por la primera vez, dejó en mis labios
su vida toda en su postrer aliento.
(Algunos conjurados atraviesan la escena en el mayor desórden: entre ellos Marcio, que se detiene al reconocer á Sempronia.)

ESCENA VIII.

MARCIO, SEMPRONIA, FULVIA.

MARCIO. Huye, Sempronia. *(Desde el fondo.)*
SEMP. ¿Y Catilina?
MARCIO. Roma
hoy pierde en él á su mejor soldado:
en vano su valor para su nombre
infecundo laurel ha conquistado.
Asombro ha sido en el combate rudo
su noble intrepidez, pero vencido,

es un cadáver mas que pisotean
los vencedores, ó se esconde herido.

ESCENA IX.

SEMPRONIA, FULVIA.

FULVIA. Cobra esperanzas.
SEMP. ¡Para mí ya ha muerto!
Fulvia!
FULVIA. ¡Infeliz!
SEMP. Lo que mi voz ordene
prométeme cumplir.
FULVIA. Yo te lo juro.
SEMP. Que nadie, Fulvia, á los umbrales toque
de mi palacio.
FULVIA. Bien.
SEMP. Que nadie, Fulvia,
penetre en él, aunque su asilo invoque.
(Se acerca á la puerta de su palacio.)
Mis esclavos, aqui.
(Se presentan una porcion de esclavos y esclavas. Sempronia en el dintel de la puerta.)

ESCENA X.

SEMPRONIA, FULVIA, ESCLAVOS.

SEMP. Cuando la hoguera
de este en que yo viví rico palacio
revuelta de humo entre confusas nubes
con su chispeante luz tiña el espacio,
libertad os darán: volved vosotros
de nuestra patria al áspero desierto...
¡Tierra querida en que nací!... ¡Numidia!...
¡Al ver que vais á saludar su arena
por la primera vez, os tengo envidia!
Créeme, oh Fulvia, y mi pesar no llores...
ellos arrojarán sobre la tumba
de la que el ser me dió piadosas flores.
(Entra en su palacio, cerrando tras de sí las puertas.)

ESCENA XI.

FULVIA, ESCLAVOS, CATILINA, *herido, por el fondo. Fulvia ha ocupado el sitio de Sempronia.*

CATIL. En su palacio encontraré un asilo.
FULVIA. Atras, el caballero.
CATIL. ¿Quién se atreve?
¿Qué?... ¿No me conoceis? Atras, esclavos.
(Los esclavos inmóviles delante de las puertas del palacio.)
Soy Catilina, y á los dioses juro
que tal audacia os costará la vida.
¿Con desprecio me ois? Aun tiene alientos
(Con el puñal en la mano se precipita sobre los esclavos.)
el corazon...
FULVIA. ¡Atras, el parricida!
Este recuerdo aterra á Catilina, se detiene despues de un instante de reflexion, se encamina hácia el palacio de Porcio Lecca, y entra en él: rumor alegre y tumultuoso que anuncia la llegada de Ciceron.)
CATIL. ¡Ah! Porcio me dará por un momento
franca hospitalidad.

ESCENA XII.

FULVIA, ESCLAVOS, CICERON, CASIO, CATON, TREBACIO, SENADORES, CABALLEROS, SOLDADOS, MERCADERES, PUEBLO *con hachones encendidos.*

CICERON. ¡Gloriosa y libre
respira al fin de la opresora turba
por vuestro arrojo la ciudad del Tibre!
Jove, el supremo dios capitolino,
en tanta confusion, á la abatida
romana autoridad abrió camino.
De la Concordia en el sagrado templo,
mañana Roma en religioso coro,

que entre perfumes al Olimpo suba,
rinda á sus dioses reverente culto
por tan alto favor!

CATON. ¡Paz á los muertos
y noble compasion para el vencido!

TREB. ¡Gracias al cónsul, que tan fuerte doma
la inícua rebelion!

CATON. ¡Perdon y olvido!

TREB. ¡Aplauso al vencedor!

CICERON. ¡Justicia á Roma!

CATON. ¿Qué fué de Marcio y de Calpurnio?

CICERON. Huyeron.

CATON ¿Qué fué de Autronio, Varguntheyo y Sila,
de Cethego y de Léntulo?

CICERON. Vivieron.
(*Aparece Catilina.*)

CATON. ¿Y Lucio Sergio Catilina?...

CICERON. En vano
entre los muertos le busqué; sin duda
del desengaño la vergüenza siente,
y huyendo busca impunidad y vida...

ESCENA XIII.

CICERON, CATON, TREBACIO, FULVIA *y los* ESCLAVOS *en el fondo*, CATALINA, SENADORES, SOLDADOS, CABALLEROS, MERCADERES, LICTORES, PUEBLO.

CATIL. Quien habla asi de Catilina, miente.
(*Bajando al escenario y dirigiéndose á Ciceron.*)

TODOS. ¡Sergio!

CATIL. Yo soy: á los peligros, nunca,
nunca escondí, ni esconderé la frente.
Catilina yo soy... no me intimida
tu triunfo, Ciceron; esa victoria
que tanto ensalzas, te la dió mi herida.
(*Se adelanta mas; los Senadores le abren paso y se retiran.*)
Senadores, no huyais, que moribundo
y sin armas estoy; sobre mi pira
no quemareis el huracan que lego

al proceloso porvenir del mundo.
Pobres y ricos, patriciado y plebe...
(*Alegria sarcástica.*)
Casio, escucha mi voz; ven á mi lado...
(*Casio se coloca al lado de Catilina.*)
César pretende esclavizar á Roma...
si llega al fin, que llegara ese dia!...
es el puñal de Catilina... toma...
(*En voz baja, dándole su puñal.*)
Ciceron, Ciceron, de Julio César
la sangre te ahogará, que no la mia!
(*Empieza á arder el palacio de Sempronia: al ruido que hacen los esclavos al arrodillarse, vuelve Catilina la vista y exclama.*)
¡Oh, luminarias á mi muerte enciende
la mano de Sempronia!... ¡Sacrificio
inútil!... ¡Ay!
(*Cae en tierra; los que le rodeaban se retiran con espanto.*)
¡Vuestro terror me arranca
risas á mi pesar!
(*Haciendo un violento esfuerzo y rasgándose él mismo la herida.*)
Ábrete, herida:
deja á mi vida ya la puerta franca.
(*Muere. En este momento se desploma el palacio de Sempronia y se ve á esta entre las llamas.*)

FIN DEL DRAMA.